

Barcelona, 12 de octubre de 1985

El lunes 19 de agosto fallecía nuestro hermano

Luciano Osés Villafranca

jefe del departamento de Electricidad, Electrónica e Informática de nuestras Escuelas, cargo que había desempeñado durante los últimos 27 años.

Ha muerto en plena madurez, pues había nacido el 8 de enero de 1930 en Peralta (Navarra), último de los siete hijos de una familia patriarcal. Desde muy pequeño brilló por su inteligencia y responsabilidad, ya que antes de sus 14 años colaboraba por afición con un mecánico, mostrándose capaz de cumplir lo que se le encargaba sin necesidad de demasiadas indicaciones.

Vocación salesiana

Habiéndose hecho salesianos algunos de su pueblo, fue a la madre de uno de ellos, Dolores Sobejano, madre de Tomás Vidondo, diciéndole en secreto: —Cuando venga el salesiano encargado de las vocaciones (que era don José Sánchez), dígamelo, que tengo que hablar con él. La madre se enteró después de que fuera aceptado en principio, y le preguntó por qué no le había dicho nada antes. Él respondió: —Quería asegurarme, antes de dar pasos equivocados, de que era posible en verdad lo que iba pensando.

El 25 de abril de 1944 entraba como aspirante en Pamplona, donde hizo dos cursos de mecánica. De allí pasó al Noviciado de San Vicenç dels Horts, donde profesó salesiano el 16 de agosto de 1946. A continuación hizo la maestría industrial en Sarrià, y después fue a Italia, para perfeccionarse durante cuatro años en San Benigno Canavese y en Valdocco. El 16 de agosto de 1951 hacía su profesión perpetua en Pinerolo, habiéndole visto los consultores «de óptimo espíritu, profunda piedad, observancia religiosa y sacrificio». Signos de ello fueron su asistencia a la procesión de María Auxiliadora de Turín, habiéndose trasladado en bicicleta desde San Benigno, su disponibilidad a quedarse en Italia, si lo hubieran mandado los superiores, y la naturalidad con que aceptó dar clases e intervenir con frecuencia en la banda con su magistral dominio del saxófono.

Músico

Vale la pena recordar esta faceta suya tan salesiana: a los pocos años demostraba ya el oído finísimo que conservó siempre, y el maestro de música del pueblo, don Vicente Martínez, le encaminó tan certeramente que hacia los 12 años formaba parte de la banda e incluso con ella se desplazaba a otras poblaciones: el maestro se preocupaba, al repartir los músicos en diversas casas, de colocarlo en familias adecuadas. Varias de ellas han tenido también hijos salesianos. Incorporado él a la Congregación, veladas y homenajes, orquestas o charangas familiares, tanto en Sarriá como en Turín, pudieron contar siempre con su entusiasmo y su gran capacidad de adaptarse a los papeles más difíciles, a las suplencias, a los cambios de tono, etcétera, porque él salía airoso y a satisfacción de todos en los momentos más comprometidos. El palpable silencio del auditorio durante sus *solos* se convertía en aplauso cerrado al terminar.

Vivísimo era igualmente su amor a la naturaleza: la montaña, el mar, el estallido de la primavera, las tonalidades del paisaje... Su fina sensibilidad encontraba ahí su expansión tras intensas semanas de trabajo, y, estando ya enfermo, un clima más esperanzado ante los asaltos de la muerte.

Responsabilidad

Vuelto a Sarriá en 1953, hizo los estudios oficiales de ingeniería técnica en Electricidad, frecuentando las aulas de la Escuela Industrial de Barcelona, en una jornada apretada de estudio, asistencias y clases a los alumnos, fiel siempre al horario de la comunidad. Al acabar, quedando el número uno de su promoción, pasó a Hogares Mundet un solo curso, el de la inauguración (1957-1958), acabado el cual volvió a Sarriá, donde en estos 27 años ha guiado el crecimiento del entonces reducido taller de 41 alumnos electricistas, a los talleres hoy tan diversificados y amplios, que han acogido en el curso pasado 690 alumnos.

Con el equilibrio de quien sabe dar el valor justo a cada cosa, dirigía la marcha y el desarrollo de sus secciones con dedicación y sentido previsor. Profesor competente y entusiasta, su cargo le exigió reducir a un mínimo las horas de clase para cuidar la organización de las especialidades que crecían rápidamente: elección y asesoramiento del profesorado, con el que formó un equipo valioso y bien unido, atención a las adquisiciones y renovación del material, diálogo con los industriales que aprecian mucho sus exalumnos por su buena preparación en todos los órdenes, y, sobre todo, a los padres y alumnos, que asesoraba en sus opciones tanto de trabajo como de ulteriores estudios. A ello hay que añadir consultas de colegas de otras escuelas profesionales, o visitas de técnicos o de profesores. Visitas y teléfono consumían mucho tiempo de su jornada, pero contribuían no poco a que su programación fuera siempre realista.

Conocía a sus alumnos y seguía a los antiguos alumnos: lo demostraba en las sesiones de evaluación y en las frecuentes visitas que recibía. Todos apreciaban su certera palabra, avalada por una gran competencia técnica y un talante pedagógico y comprensivo.



Datos personales:

Luciano Osés Villafranca,, salesiano,
fallecido en Barcelona-Sarriá el 19 de agosto de 1985,
a los 55 años de edad y 39 de profesión

Despedida

El funeral se retrasó hasta la mañana del 21 para dar tiempo al viaje de familiares y amigos de Peralta o de poblaciones alejadas por ser época de vacaciones. No obstante, vinieron en gran número familiares, profesores y amigos. Acudieron también salesianos de Madrid, de Pamplona, de Zaragoza y de La Almunia de doña Godina, que se unieron a los numerosos de nuestra Inspectoría. El Padre Inspector, don Carlos Zamora, que presidió la misa funeral, destacó el ejemplo de trabajo y de paciencia de este hermano benemérito. Reposa junto a los hermanos que nos han precedido en el panteón del Cementerio de Sarriá.

El 27 de agosto se celebró un sentido funeral en Peralta, al que se unieron también un buen grupo de salesianos. Su primer maestro de música quiso acompañar los cantos de la celebración en recuerdo del que había sido destacado alumno suyo hace más de 40 años.

Y apenas empezado el nuevo curso, el 1.º de octubre, profesores y alumnos, padres y antiguos alumnos, celebraron una misa en sufragio del señor Osés, con vivos sentimientos de gratitud y admiración por parte de todos.

Grave ha sido para la Inspectoría la pérdida de este hermano que era miembro de la comisión inspectorial de formación, y ya en 1969 había trabajado en Roma (San Tarcisio) en la preparación del Capítulo General Especial. Muy sensible la pérdida para esta casa donde pasó casi toda su vida salesiana: 34 de sus 39 años de profeso. Su personalidad sencilla, pero muy rica, se ha acrisolado a la vista de todos en la dura prueba final.

De corazón agradecemos al personal del Hospital Clínico de Barcelona y de la Clínica Universitaria de Pamplona el trato atento y afectuoso que dieron a este buen hermano, que impresionaba por su robusta personalidad.

Que el Señor le tenga entre sus amigos, como nos lo hacen esperar tantos rasgos suyos, y conceda a nuestra Congregación vocaciones semejantes a la suya en la entrega sin reservas al bien de la juventud.

En comunión de oraciones, os saludan fraternalmente los salesianos de

LA COMUNIDAD DE ESCUELAS PROFESIONALES
DE SARRIÁ

Porque supongo le dirían que estoy con las ruedas pinchadas. Hace exactamente dos años, el 30 de julio me ingresaban en el Clínico con leucemia aguda medular y ahora lo celebro con un viaje a Tierra Santa. ¡Quién podía imaginar una cosa así!

Desde Navidad las cosas se han complicado y no he tenido ni una semana de tranquilidad. Unos días antes de su carta estaba pasando por los momentos de mayor prueba, sin ver por dónde salir. Ya había preparado las cosas como si tuviera que partir. Al recibir su carta esperé algún día y lo consulté con los médicos, y cuál fue mi sorpresa cuando me dijeron que sí, que podía hacer el viaje, sin saber fechas. Cambiaron el tratamiento, me mandaron a Pamplona a la Clínica del Opus Dei a que me diesen radioterapia en todo el cuerpo. Yo creía que como máximo serían dos semanas, y he estado dos meses.

Según las pruebas que me han estado haciendo estos días en el Clínico parece que ha sido eficaz. Ahora, los días que llevo aquí de regreso, estoy cambiando de piel, todo quemado, como salido del horno. Espero recuperar fuerzas en estos días que quedan, ya que según me han dicho hay que caminar bastante. Aunque se hubiese calculado todo desde primeros de mayo, no se habría conseguido mayor exactitud en los días. Esto me hace pensar bastante en la Providencia».

También los salesianos de la comunidad pensábamos en la Providencia: nuestro Dios bondadoso quiso así premiar ya en este mundo su fortaleza en tan dura prueba. Esta semana, verdaderamente santa para él, pudo vivirla sin contratiempos, y con gran alegría, además, al verse obsequiado filialmente por un antiguo alumno israelí, que siempre le ha demostrado un gran afecto.

Últimos días

El 7 de agosto volvió contentísimo y comunicativo, pero a los pocos días se acentuaron sus problemas de insomnio e inapetencia: todo acusaba el deterioro de sus mecanismos de reacción. La última semana ya no sabía qué hacer: intentaba comer con la comunidad, pero, inapetente, iba a sentarse ante la TV. Resultaba imposible encontrar algo que pudiera tomar con gusto, por lo que repetía serrenamente a las Hijas de María Auxiliadora de la cocina: —No se molesten.

Acompañado como siempre por el Padre Varela, su enfermero estos dos años, marchó por su propio pie, como para un control más, al Hospital Clínico a media mañana del 19 de agosto. Esta vez el reconocimiento descubrió un cuadro grave de neumonía, que no pudo superarse con un tratamiento específico. Se le avisó de su gravedad, y se llamó al Padre Director, quien al llegar era informado de que mientras acudía, el señor Osés había sufrido un paro cardíaco, que pudo superar, recuperando algo la conciencia. Pero un nuevo paro, al cabo de media hora fue ya irreversible. Eran las 7 de la tarde. Y estaba bien preparado: no obstante la enfermedad asistía diariamente a la misa que celebraba el enfermero, quien le dio la absolución tras el primer paro cardíaco, y *sub conditione* tras el segundo.

Religioso ejemplar

Su participación en la vida comunitaria era convencida, cordial y empapada de naturalidad. Su conversación era agradable y atenta, sus intervenciones en asambleas y consejos medidas y muy pensadas, hasta parecer indeciso, porque ponderaba con calma los pros y contras de cualquier opción. Amante de la naturaleza, como hemos dicho, participaba con alegría en las salidas comunitarias, y no pocas veces ayudaba a los hermanos, con su dominio del ramo, en cualquier adquisición o arreglo de aparatos eléctricos o electrónicos. Su oración era sencilla y constante; ella le dio fuerza en la enfermedad, como le había mantenido fiel en la vocación, que había visto flaquear en otros porque —lo decía sin vacilar— no cuidaban su vida religiosa.

Su fervor religioso no fue obstáculo a un intenso intercambio de afecto y de visitas con sus hermanos y sobrinos, participando activamente en sus alegrías y preocupaciones. Muchos salesianos han sido siempre cariñosamente recibidos en Peralta como si fueran de la misma familia.

Enfermedad

En junio de 1983, una persistente fatiga fue la voz de alerta para el enfermero salesiano Pedro Obiols y para el médico de la comunidad, doctor Sandiumenge. Los análisis confirmaron la gravedad del caso: leucemia. Y empezó el tratamiento de quimioterapia en el Hospital Clínico de Barcelona, donde fue internado, en varias ocasiones durante semanas, en cámara estéril. No obstante el impacto de la mala noticia y el aislamiento, sabía distraerse de manera que admiraba al equipo de médicos y enfermeras de la Unidad de Hematología por su optimismo, docilidad y paciencia, actitudes difíciles en casos desesperados como el suyo.

Las molestias del tratamiento fueron para él menores de lo normal durante el primer año, mientras los buenos efectos infundían en todos alguna esperanza. El mismo se animó a dar algunas clases en otoño pasado, pero la fatiga se dejaba sentir tan fuertemente que su actividad tuvo que reducirse a las cuestiones generales del departamento durante los intervalos que podía permanecer en el despacho.

Su malestar evolucionó en los últimos meses hacia unas manchas malignas en la piel, que si bien poco se notaban por no estar en zonas visibles, eran bastante molestas, por lo que en junio y julio del presente año fue tratado con radioterapia en la Clínica Universitaria de Pamplona. He aquí como se veía él mismo, cuando por carta daba gracias a un amigo de la Casa que había regalado dos viajes a Tierra Santa, uno de los cuales era para él:

«Todavía no comprendo cómo ha pensado en mí para un obsequio tan grande. Siempre le he tenido en gran estima, aunque por carácter me cueste manifestarlo, y nunca he hecho nada por usted. Ahora adquiero una gran deuda que trataré de pagarle de la única manera que puedo: con mi enfermedad.